



Este «Robín de los bosques» aragonés es el mismísimo sabio Santiago Ramón y Cajal, en su época de aficionado a la cultura física.



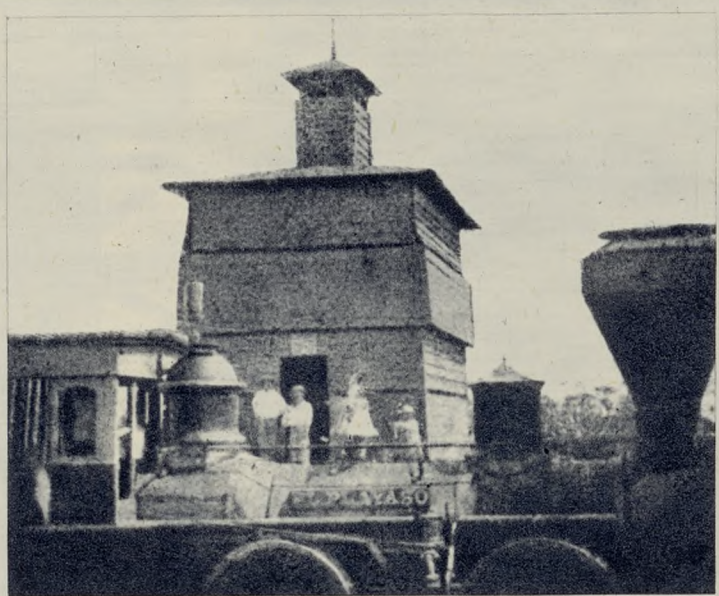
Tiempos heroicos para el investigador Ramón y Cajal. Cuando empieza a trabajar en su casa de Zaragoza, con un mal microscopio, comprado a plazos en Madrid, y una barbera en vez de micrótopo.



Incluido en la llamada «quinta de Castelar», en 1873, Cajal, con sus buenos veintiún años y ya teniente médico, embarca para la Isla de Cuba, donde ejerce su profesión con valentía.



En el centro de la fotografía, Ramón y Cajal, en la isla de Cuba, con su uniforme de médico militar, donde ejerció durante la primera guerra.



Fortín de la Enfermería de San Isidro, en la Trocha del Este (Isla de Cuba), donde don Santiago Ramón y Cajal prestó sus servicios al Ejército español como médico militar. Allí adquirió el paludismo.



La esposa del sabio, doña Silveria Fañanán, por los tiempos en que contrajeron matrimonio, después de un tierno romance de amor.

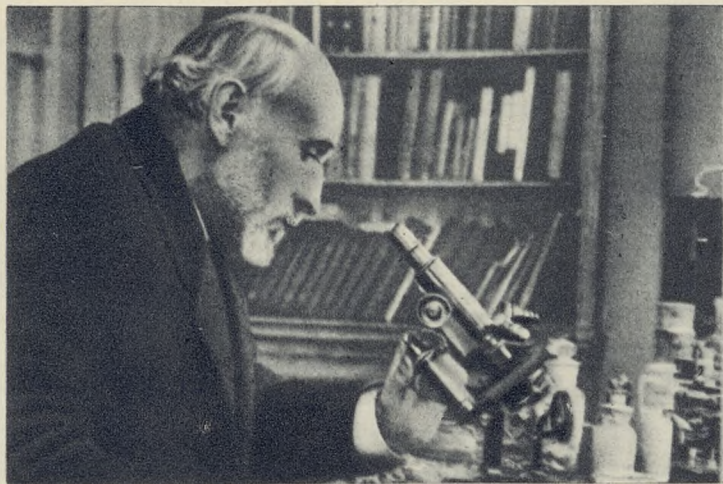


Don Santiago Ramón y Cajal ya ha mejorado su laboratorio. Ha ganado por oposición la cátedra de Anatomía de Valencia, con sus buenas tres mil quinientas pesetas anuales. Aquí aparece hacia 1885, en su laboratorio, con micrótopo y microscopio de mejor calidad. Pero todavía falta mucho para que realice los descubrimientos histológicos que le darán fama y universal renombre.

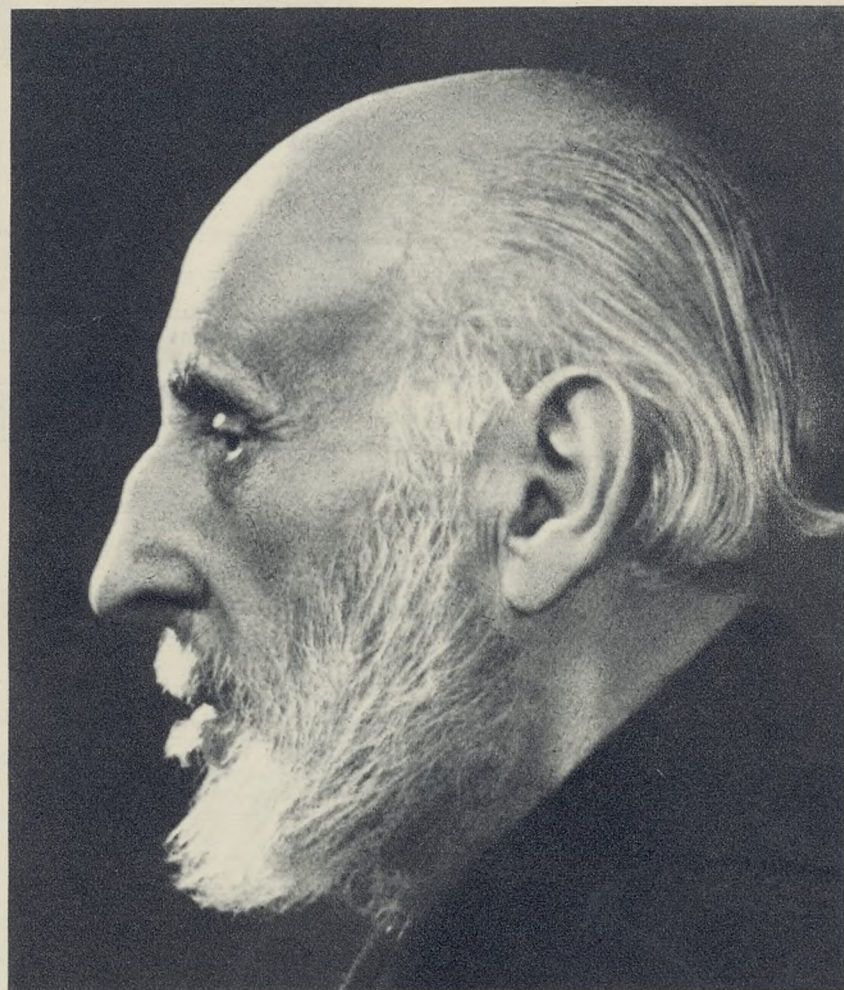
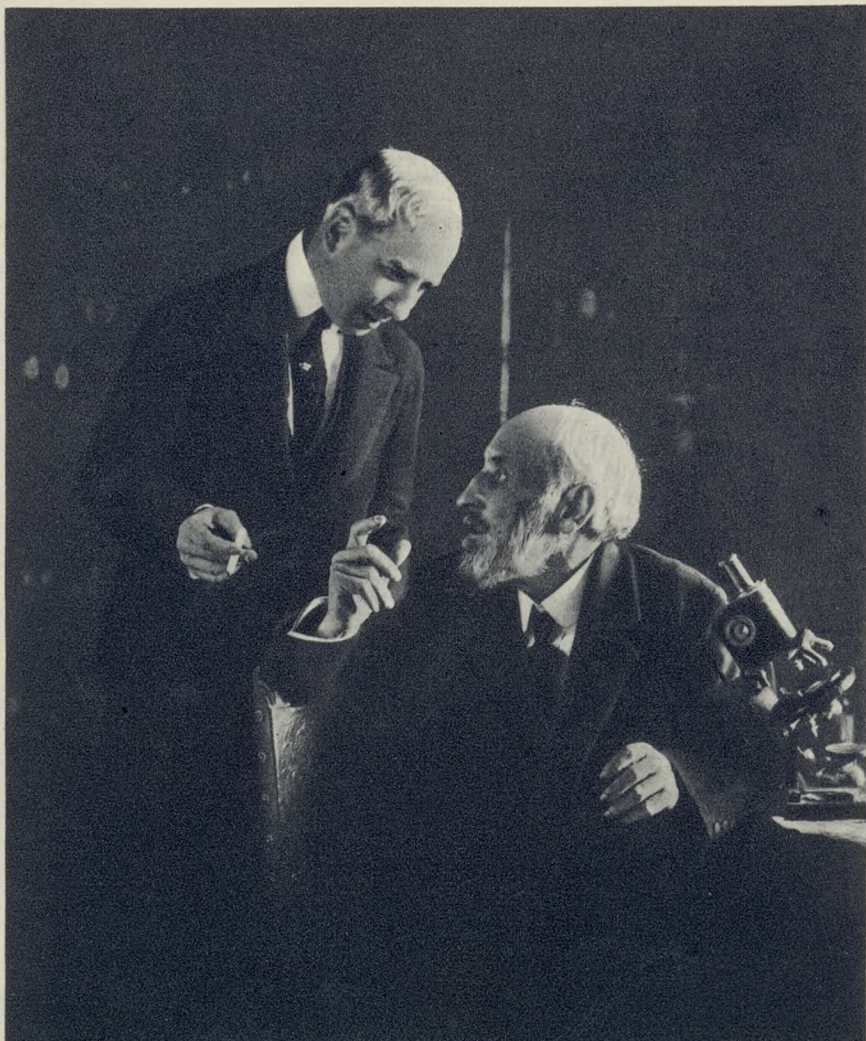


Don Santiago Ramon y Cajal, su esposa, doña Silveria, y sus seis hijos, cuatro de los cuales viven aún en Madrid. Fotografía realizada probablemente en Barcelona.

Ramón y Cajal en los años de su mayor gloria científica, cuando ya ha recibido el Premio Nóbel y es miembro de un centenar de Academias extranjeras. A pesar de ello, todos los días acude al laboratorio para continuar sus investigaciones sobre el cerebro humano.



En los últimos años de su vida, el sabio, ya jubilado de su cátedra de la Universidad de Madrid, va transmitiendo a sus discípulos el caudal de sus experiencias.



CAJAL

Y su peripecia humana

«Por Cajal se ha librado la investigación española de su complejo de inferioridad.»—LAÍN ENTRALGO.

PETILLA de Aragón, además de una aldea montaraz, es una paradoja geográfica. ¿Cómo se explica que un pueblo navarro se encuentre metido en el corazón de la provincia de Zaragoza? Pero esta paradoja tiene una explicación histórica: Un día del año 1209, don Pedro de Aragón, que andaba mal de fondos, empeñó esta rocosa porción de su Corona con don Sancho el Fuerte, de Navarra, como garantía de una deuda que no pudo pagar nunca.

Hasta el día 1 de mayo de 1852, Petilla está en tierras de Aragón, pero no está en el mapa. Desde ese día va a ser la cuna de piedra ibérica para un genio español, y aragonés por los cuatro costados. El recién nacido es hijo del cirujano de Petilla, don Justo Ramón, y en la pila de la parroquia de Petilla recibe el nombre de Santiago. Petilla no lo sabe, no lo sabrá nunca, pero desde aquel primero de mayo figurará para siempre en el mapa de España y en el de la cultura universal.

CAPITAN DE PEDREAS Y «ARTILLERO» DE AFICION

A las cabras, con ser cabras, les costaba trabajo subir hasta las casas de Petilla. Subían obligadas por los pastores. También subía y bajaba con increíble rapidez el hijo del cirujano. A los doce años, Santiago es un niño larguirucho, de ojos expresivos, y muy travieso. Su padre quiere a toda costa que sea médico, y lo manda a estudiar latines a la villa de Jaca.

El profesor que había de meterle en la cabeza a Santiago las declinaciones latinas, se llama don Jacinto. Un dómine de los de «la letra con sangre entra». En la desdichada figura del dómine ejercitaba Santiago sus dotes de caricaturista. Quizá no logró decir una declinación completa, pero se hizo el «amo» de la clase pintando a don Jacinto con orejas de asno y con una albarda sobre las espaldas. Naturalmente, fué expulsado. Esta fué su primera aventura.

«Santiagué», como le llaman en Petilla y en Ayerbe a Santiago Ramón, donde pone el ojo pone la piedra. En las pedreas con los de Ayerbe—verdaderas batallas campales—, «Santiagué» era siempre el capitán de su bando. Por donde pasaba el hijo del cirujano de Petilla, las gentes pueblerinas se echaban a temblar. La cosa no era para menos. Santiago, entre los doce y los quince años, era un verdadero niño terrible.

Durante unas vacaciones tuvo «Santiagué» la ocurrencia, endiablada como suya, de construir un cañón. Otros chicos, hijos de pastores y hortelanos, que se dejaban capitanear por él, fueron sus ayudantes en la importante tarea. Bajo su dirección ahuecaron un tronco y lo reforzaron exteriormente con alambres enrollados. Cuando el tremendo artefacto es-

tuvo terminado Santiago consiguió casi una libra de pólvora y sus buenos tres metros de mecha de barreno, proporcionado todo ello por uno de los chicos interesados en la hazaña, que era hijo de un barrenero de cantera que había en el pueblo vecino. Ya en posesión de todos los elementos para cargar el «cañón», el «artillero» anunció a sus colaboradores la fecha del primer disparo, que sería la tarde del domingo próximo, ya que a esa hora las personas mayores del pueblo estarían en la bolera o de mercado, con lo que los traviesos muchachos se encontraban a sus anchas en la aldea.

La extraña «máquina», que permanecía oculta con hojas de maíz y paja en un cobertizo de la casa del cirujano, fué sacada a una huerta próxima y emplazada frente a la puerta de una casa de hortelanos en la que no vivía nadie. Se procedió a la carga, se utilizaron piedras como municiones, y Santiago, después de ajustar la mecha a la cebadera y prenderle fuego, corrió con los demás a ocultarse tras de una cerca en espera de la explosión. A medida que el fuego corría por la mecha y se acercaba al cebo, el corazón de los chicuelos latía apresuradamente. Durante unos segundos pareció faltarles el aliento, y, por fin, sucedió lo esperado: primero fué una gran llamarada, después un estruendo infernal, y los pedazos del cañón volaron por el aire, mientras las piedras de que el tronco había sido retacado se llevaban por delante la puerta de la casa del hortelano. El susto de la formidable explosión alcanzó a todo el pueblo.

MAL ESTUDIANTE Y ZAPATERO A LA FUERZA

terior. Santiago, por su parte, se empeña en ser pintor y se pasa la vida dibujando monigotes. Don Justo es tozudo como buen aragonés y su hijo astilla de tal palo. La lucha se prolonga un año más. Por fin, el cirujano quema un día todos los lápices de su hijo y le mete de aprendiz con un barbero primero y después con un zapatero de obra prima de la ciudad de Huesca.

A los pocos meses el maestro zapatero reconocía en Santiago las mejores disposiciones para el oficio. También se había acostumbrado—según confiesa Cajal en sus *Memorias*—a comer las gachas y otros guisos que le preparaba la esposa del zapatero.

—Ya decía yo que te darías una buena maña para este oficio—le dijo un día el maestro Pedrín, dueño del taller—. Desde hoy ganarás dos reales más a la semana.

Santiago—que ya había visto las orejas al lobo—tenía sus planes. Comprendió al fin que aquello de la pez y la suela no era para él. Una mañana se levantó temprano, reunió sus ropas y se despidió del maestro Pedrín. Estaba dispuesto a pedir perdón a su padre y comenzar los estudios.

—¡Qué buen oficial ha perdido la zapatería!—decía siempre Pedrín, el zapatero, cuando alguien le hablaba de «Santiagué», el hijo del médico de Petilla.

Pero la etapa de travesuras había terminado. Santiago, con sus quince años bien cumplidos, iba a emprender el buen camino: el de los estudios de medicina, que deseaba su padre.

UN ESQUELETO EN EL GRANERO

preparase para su ingreso en la Facultad.

La cosa fué así: Una noche padre e hijo se fueron al cementerio del pueblo y llenaron un saco de restos humanos. Los subieron al desván o granero de la casa y allí articularon como pudieron un esqueleto. Así aprendió Santiago las primeras lecciones de Anatomía de la cabeza y otras cosas, que nadie sabía mejor que el ex cirujano de Petilla.

Cinco años después Santiago termina la Licenciatura con un premio. Ingresó seguidamente en la Sanidad Militar. Las prácticas de su profesión de médico las hace como capitán médico en las maniguas de Cuba, durante la primera guerra de aquella isla. De allí regresa con fiebres palúdicas y con un principio de tuberculosis, que le diagnostica su propio padre.

Tres enfermedades padece el joven Santiago Ramón antes de los treinta años. De las dos primeras le curan los aires y las aguas de Panticosa y San Juan de la Peña, adonde va a reponerse por consejo médico y orden paterna. Pero allí enferma de la tercera enfermedad, que resultó incurable: el amor de una joven que, un año después, hará su esposa, contra viento y marea. Ya es catedrático y director del Museo Anatómico de Zaragoza, por todo lo cual saca sus buenos 25 duros al mes. Después del matrimonio tiene que dar clases particulares para obtener más ingresos.

EL PRIMER MICROSCOPIO. COMPRAZO A PLAZOS

En su primer domicilio de Zaragoza inicia el joven doctor y opositor a cátedras sus primeros estudios de Histología. (En el Museo Cajal, del Instituto que hoy lleva su nombre, puede verse el rudimentario microscopio comprado a plazos en la calle del León, de Madrid, y la navaja barbera que durante mucho tiempo le sirvió para cortar las preparaciones a falta de un micrómetro.) Pagados por fin los 140 duros que le había costado el microscopio y logradas las oposiciones a la cátedra de Anatomía, con 52 duros mensuales de sueldo, empieza Cajal sus trabajos de investigación. Con esta paga y con la fidelidad y abnegación de una esposa modelo, Santiago Ramón y Cajal trabaja y enseña en Valencia. Prepara cursos especiales de Histología, modalidad que empieza a cautivar su afición. Y, por fin, en 1887, o sea, a los treinta y cinco años, obtiene Cajal su cátedra de la Facultad de Barcelona.

Entre este año y el siguiente logra los grandes progresos de sus estudios histológicos, lle-



En uno de los lugares más frondosos del jardín madrileño del Retiro, esta fuente monumental, obra del gran escultor Victorio Macho, perpetúa la memoria de Cajal.

Aquella travesura colmó la paciencia del enérgico cirujano de Petilla, que no esperó más para llevar a su hijo al Instituto de Huesca. Pero esta tentativa del padre no había de dar mejor resultado que la an-

se reúnen en torno al sabio de fama universal doctor Kölliker investigadores de todos los países. Nadie, como es natural, tiene noticia del investigador ibérico, Santiago Ramón y Cajal. Por otra parte, el nombre de España tampoco dice nada a los sabios. Es entonces un país sin ninguna tradición en el campo de las investigaciones anatómicas. El joven Cajal se presentaba allí con su maleta de preparaciones y su microscopio, que ya no es el de la calle del León, sino un Zeiss, como un francotirador, no afiliado a ninguna de las escuelas que en Londres, en París, en Bruselas, Estocolmo, Roma o Berlín agrupaban a los mejores investigadores de la época. El mismo Cajal describe así aquel difícil paso de su carrera: «Había en aquellos sabios una curiosidad expectante. Les chocaba, sin duda, encontrar un español aficionado a la ciencia y espontáneamente entregado a las andanzas de la investigación. Yo—continúa—me instalé bien temprano en el salón, donde resplandecían numerosos microscopios. Desembalé mis preparaciones y enfoqué los cortes más expresivos concernientes a la estructura del cerebelo, retina y médula espinal. Comencé a explicar en mal francés mis preparaciones a los escasos congresistas que se acercaban a mi microscopio.»

Pero Cajal no se desanima ante los ceños cargados y las sonrisas mal disimuladas entre barbas frondosas. El genio ibérico, que había logrado algo verdaderamente excepcional, tenía ahora como aliado el tesón aragonés para hacerlo comprender al mundo. Cajal, casi tomándolo por las solapas, lleva al doctor Kölliker, el «patriarca de la investigación alemana», hasta su microscopio y consigue que desfilen ante sus ojos maravillados una serie de sorprendentes y claras imágenes. El sabio alemán habla con los colegas que le rodean, los ceños se desarrugan—según observa Cajal—y al fin «queda desvanecida la prevención hacia el modesto anatómico español». Poco después Cajal será huésped de honor del sabio, que dirá públicamente:

—Le he descubierto a usted y deseo divulgar en Alemania mi descubrimiento. España entra en aquel momento en el mundo de la investigación universal. El genio ibérico se manifestaba y el tesón aragonés de Cajal había conseguido sus propósitos.

EL PREMIO NOBEL Y UNAS CUANTAS DISTINCIONES MAS

todos los idiomas se afanan en traducir y divulgar las ideas y experiencias del sabio español. En España también se reconoce todo el mérito del catedrático aragonés, que en 1892 obtiene por oposición la cátedra de Histología de la Facultad de Madrid y traslada su residencia a la Corte. Desde ese momento, Ramón y Cajal es un nombre que gira en la órbita de las grandes figuras de la investigación universal. Ya en 1894 la Real Sociedad de Londres, la institución científica más importante de la Gran Bretaña, le invita a dar una conferencia sobre asuntos biológicos, por la que le pagaban la cantidad de 50 libras esterlinas. Pero nada distrae al investigador de su trabajo, que continúa afanoso durante los últimos años del siglo y primeros del actual.

Merece un paréntesis el abatimiento que invade a Cajal durante el año 1898, a causa del desastre colonial. «Mi obra científica del año 98 fué bastante parca y pobre en hechos nuevos», dice. Compréndese fácilmente. Fué el año de la funesta guerra con los Estados Unidos. «La noticia cayó como una bomba en mi retiro de Miraflores (se refiere a la destrucción de la escuadra de Cervera) y me hizo interrumpir bruscamente mi labor. Caí en un profundo desaliento.»

Un año después, Ramón y Cajal, especialmente invitado, da unas conferencias en Boston y Nueva York, tras vencer ciertos escrúpulos de conciencia.

Es tal el cambio que Cajal origina en las relaciones internacionales de la investigación científica, que el año 1903 ya se celebra en Madrid un Congreso Médico Internacional.

Después comenzaron los honores y los premios. Cajal obtiene en 1904 el Premio Helmholtz, de la Academia de Ciencias de Berlín; en 1905, el Premio Nóbel. Y seguidamente, los mayores honores y distinciones de España y de todos los países europeos y americanos cayeron como un aluvión sobre la personalidad de Cajal, que a su muerte tenía nada menos que los títulos de miembro honorífico de veintitrés Academias españolas y de cincuenta y siete extranjeras. Y tenía asimismo dieciocho premios nacionales e internacionales.

A la jubilación del sabio como catedrático de Histología de Madrid, entre los muchos honores de carácter nacional que se le rindieron, el que más pudo satisfacerle fué el acuerdo del Gobierno, y muy especialmente del Rey Alfonso XIII, de un cuantioso crédito para la creación del Instituto Biológico Cajal, hoy incorporado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que los propios discípulos del sabio ejercen su magisterio, y han creado toda una promoción de eficaces investigadores.

J. A. CABEZAS

Una cuartilla autógrafa de Cajal, perteneciente a una de sus obras científicas, conservada en la colección de autógrafos españoles y extranjeros del señor Porrero.

